

El Espíritu Santo fuera (también) de la Iglesia. "Derramaré mi Espíritu sobre toda carne"

Trigo, Pedro

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/519>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

EL ESPÍRITU SANTO FUERA (TAMBIÉN) DE LA IGLESIA “DERRAMARÉ MI ESPÍRITU SOBRE TODA CARNE”

Pedro Trigo, sj*

1. Universalidad de la salvación cristiana y misión del espíritu

Planteamiento de la cuestión

No preguntamos si también actúa el Espíritu fuera de la Iglesia; es decir, si podemos rastrear alguna huella de su impulso y de su inspiración más allá del ámbito de influencia concreta de las iglesias cristianas. Nuestra indagación no versa sobre la acción del Espíritu más allá de lo que sería su campo natural de acción (la Iglesia de Jesucristo). No preguntamos si existe además una economía de salvación excepcional y complementaria. Nuestra pregunta es más global y precisa. Si el don del Resucitado es el Espíritu, si en el don del Espíritu consiste la salvación que nos alcanzó Jesús, preguntamos a quiénes entregó Jesús su Espíritu, sobre qué ámbito se derramó el Espíritu en la Pascua, quiénes son los destinatarios de la efusión del Espíritu consecuente con la exaltación del Crucificado.

Una respuesta a esta cuestión afirma que el Espíritu se derrama sobre el verdadero Israel de Dios simbolizado en los discípulos (Jn. 20, 22-23). Sería el cumplimiento del deseo de Moisés (Num. 11,29) y de la profecía de Ezequiel (36, 26-27). Otra respuesta más complejiva reconoce que el Espíritu se derrama sobre todos los que creen en Jesús,

* Director del Centro Gumilla, Caracas, Venezuela.

dor. Desde esa unción que se ha derramado sobre ellos son capaces de releer su vida con Jesús y verlo ya entonces como “ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo”, lo que se manifiesta en que “pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos” (Hch. 10,38). Ellos ven en su propia vida un antes y un después a partir del seguimiento de Jesús y de la fe en él. Por eso es normal que quieran comunicar ese hallazgo que les había proporcionado la salvación y la vida. “Quien tiene al Hijo tiene la vida”, dirá Juan como recapitulación (1Jn. 5,12).

Desde el comienzo se afirma la universalidad del designio salvador de Dios llevado a cabo por Jesús. Pero lo que se enfatiza al principio no es tanto que en Jesús Dios haya querido salvar a todos sino la experiencia concreta de salvación de que ellos son portadores, la fuerza del Espíritu que recibieron al hacerseles presente el resucitado por Dios.

La primera representación de la universalidad de la salvación cristiana está vaciada en los moldes del universalismo judío de los prosélitos, tal como aparece sobre todo en el Tritoisaías (56,1-7;59,21;60,66,18-20) y en otros profetas contemporáneos o anteriores (Za 8,20-23;14,16; Sof. 3,9-10). Ese parece ser el modelo del episodio del eunuco de Candace (Hch. 8,26-40) o el modo como la Iglesia de Jerusalén interpreta la efusión del Espíritu en casa del centurión Cornelio (Hch. 11,18).

En Antioquía comienza un modelo nuevo: Se evangeliza a Jesús a paganos sin mediación del judaísmo. La proclamación tiene que ser distinta porque no sólo no pueden presuponerse las promesas veterotestamentarias, pero ni siquiera el monoteísmo. El centro de la predicación es Jesús de Nazaret como Señor, título divino que equivale a Salvador. Aquí se da de un modo mucho más marcado el antes y el después de adherirse al Señor. Ése será por tanto el esquema de las cartas de Pablo: la participación del misterio de Jesús en el Espíritu equivale a una muerte y la resurrección a una vida nueva. Se muere a la carne, al egoísmo, al pecado, y se resucita a una existencia según el Espíritu (Gal. 5,16-24; Ef. 4,22-24), que equivale a vivir según las actitudes de Jesús (2Cor. 8,9; Filp. 2,5;1Cor. 11,1; Ef. 5,1-2). El cambio que produce el encuentro con Jesús en el Espíritu es tal que llegan a afirmar con toda contundencia: “No hay bajo el cielo otro nombre dado a los seres humanos para ser salvos” Hch. 4,12). Los jefes religiosos lo han rechazado, pero Dios lo reivindicó constituyéndolo Señor de cielos y tierra.

Es verdad que Jesús al comienzo pudo haber concebido su misión como restringida al pueblo de Israel. Así lo dicen varios textos que los exégetas suelen remontar a Jesús (Mt. 10,5-6.23; Mc 7,26-27). Pero, sin embargo, el encuentro con la fe de los paganos (Lc. 7,9; Mt. 15,28) y el rechazo de su pueblo en sus representantes lo fue llevando más allá del esquema de la universalización del judaísmo. Así lo revela la parábola de los viñadores asesinos, que puede remontarse a Jesús. “Dará su viña a otros”, leemos en Marcos (12,9) y Lucas (20,16). Y Mateo, en disputa con la sinagoga, glosa: “Se les quitará a ustedes el Reino de Dios y se le dará a un pueblo que produzca sus frutos” (21,43). Eso mismo expresa el dicho, puesto en boca de Jesús, de que “vendrán muchos de oriente y occidente a sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de Dios; en cambio a los hijos del Reino los echarán fuera” (Mt. 8,11-12; cfr., Lc.. 13,28-29). Se sabe que el símbolo del banquete lo usó Jesús referido al Reino y también de forma polémica respecto de las expectativas de los que en Israel se sentían con derecho a sentarse en él (Lc.. 14,15-24; Mt. 22,2-10).

Para Pablo, de igual modo, el endurecimiento de Israel ha traído la salvación a los paganos. Pero la conclusión que saca no es que Dios haya rechazado a su pueblo, pues las promesas de Dios son irrevocables, sino que al fin va a salvarlos a todos, va a tener misericordia de todos (Rm. 11,1-2.11-12.25-32).

Es difícil saber si Jesús dio a su muerte un significado salvífico en el sentido preciso de pagar por los pecadores, de rescate, tal como aparece en los cantos del Siervo (Is. 53). En todo caso la primera comunidad atribuyó este significado tanto al servicio de Jesús (Mc. 10,45) como a la bendición que pronunció sobre el pan y el vino antes de repartírselos en la última cena (Mc. 14,24) como símbolo anticipatorio de la entrega de su vida que consumaría en el Calvario. Pues bien, en ambos casos el rescate es en principio universal: “por muchos” (id).

En los textos de los invitados al banquete y de la entrega redentora de Jesús se subraya la gracia incondicionada que Dios despliega a través de Jesús. En este sentido acierta Pablo al sintetizar el plan de Dios realizado en Jesús (aunque todavía no consumado) como “tener misericordia de todos”. Muy tempranamente, pues la comunidad posapostólica comprende el alcance universal de lo acontecido en Jesús que

culmina y se esclarece en la Pascua. Y sea lo que sea lo que Jesús haya pensado al respecto, este modo de entender la salvación como gracia incondicionada hace justicia al modo como Jesús concibió e hizo presente el Reino, que no fue como juicio sino como gracia, como amnistía total, como un año jubilar sin término (Lc.. 4,19). Si el libro de Jonás expresa en toda su hondura el empeño universal salvífico de Dios, la profecía del banquete escatológico que Dios ofrece a todos los pueblos (Is. 25,1-8) expresa adecuadamente ese carácter gracioso de su salvación.

La fe que entra por el oído, ¿único camino de recibir la salvación de Jesús?

El problema es cómo llega esa salvación a cada uno. ¿Tendrá que ser necesariamente por el oído, es decir por la proclamación explícita de Jesús para adherirse a él con fe? (cfr., Rm. 10,8-9;14-18). Un cuarto de siglo después de la crucifixión de Jesús, Pablo, según la noción que él tiene del mundo, piensa de un modo optimista que el anuncio de Jesús ha llegado hasta los confines de la tierra. Hoy, al cabo de veinte siglos, vemos por el contrario que cada vez es menor porcentualmente el número de los que han oído creíblemente el mensaje. ¿Podrá decirse que al menos la mitad de los que habitan en países en los que está implantado tradicionalmente el cristianismo han escuchado personalmente el evangelio? Yo no lo creo. Pero, si así fuera, eso significaría que el mensaje ha llegado efectivamente a algo más del 10% de la humanidad. Si al resto no puede llegarle ordinariamente esta salvación que Dios nos concedió en Jesús ¿qué queda de esa universalidad que hemos asentado como consustancial a ella? Si ése es el camino ¿podemos afirmar que Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva? (cfr., Ez. 18,23.32; Sb. 11,23-26). ¿Será verdad entonces que Dios quiere que todos se salven? (cfr., 1Tm. 2,4).

Tenemos que afirmar resueltamente que oír creíblemente el evangelio de Jesús (Mc. 1,1), recibirlo con fe, adherirse a él y convertirse a ese Camino de vida hasta configurarse con él es un don excelentísimo de Dios, una gran misericordia suya, un tesoro tan superabundante que para poseerlo puede renunciarse a todo con alegría. Creemos firmemente que recibir al Señor Jesús en la propia vida y vivir a sus pies

como un discípulo escuchándolo y siguiéndolo es sin duda la mejor suerte que le puede tocar a uno (cfr., Lc. 10,429. Pero también hay que afirmar que por lo que se ve esa suerte no le ha tocado a todos. Si Jesús es un ser histórico es cierto que el mensaje sobre él se transmite históricamente. Si su Reino no es como los de este mundo, es decir si no pretende ni acepta imponerse a la fuerza (sea económica, ideológica, política o militar), si no admite súbditos sino seguidores (cfr., Jn. 18,36-37) que desde su autenticidad más insobornable van tras él libremente, no es pensable que en este mundo (en los encuadramientos sociopolíticos que conocemos) puedan escucharlo efectivamente todos los que están por la verdad. Si escuchar a Jesús es oír hablar creíblemente de su historia y del misterio de salvación que late en ella, no podemos decir como Pablo que ese pregón llega efectivamente a toda la tierra. Por tanto, si la salvación que nos alcanzó Jesús llega a cada uno por este canal, no podemos afirmar que esa salvación es universal. A no ser que digamos que las vías excepcionales son con mucho las más transitadas. Si así sucediera, es obvio que ya no serían excepcionales sino, casi podríamos decir, la regla. Tenemos que convenir en conclusión que, si no queremos anular el carácter universal de la salvación que nos alcanzó Jesús, tiene que ser posible alcanzarla sin haber recibido su mensaje y esto no por vía excepcional sino como un camino normal. La pregunta sería entonces cuál es ese camino.

¿Hay que seguir manteniendo que la salvación de Jesús es universal?
Como se ve, estos planteamientos parten del supuesto del carácter universal de la salvación de Jesús en el doble sentido de que su salvación llega a todos y de que por tanto él es el Salvador. Un grupo creciente de teólogos, que se proclaman sinceramente cristianos, confesando la excelencia insuperable de la salvación en Jesús se creen en el deber de admitir otros caminos de salvación independientes de él. Al caer en cuenta de las dimensiones tanto temporales como numéricas de la historia y de su irreductible heterogeneidad cultural, piensan que habría que aplicar al cristianismo el mismo principio de particularización que Amós refiere al que tenía conciencia de ser pueblo elegido y lo interpretaba en sentido de privilegio y exclusión: "Si saqué a Israel de Egipto, saqué a los filisteos de Creta y a los sirios de Quir" (9,7). Dios es

universal y con cada pueblo tiene una economía de salvación específica. Aun en el supuesto de que el camino de Jesús fuera en sí el más excelente. Aunque si el valor de un camino es que lleve a la meta ¿puede hablarse de la excelencia en sí de un camino prescindiendo de los que lo van a recorrer? ¿No será más excelente el que más se adecue a cada cultura?

Yo no veo cómo reinterpretar así lo recibido de la comunidad posapostólica sin ir más allá de ella, sin alterar lo que ellos recibieron (en definitiva del acontecimiento pascual) y nos transmitieron. Yo no puedo interpretar ese viraje como una mejor comprensión del misterio revelado en Jesús sino como una reducción de ese misterio. Porque si el valor de un camino es que lleve a la meta y en este caso sólo desde la meta puede abrirse el camino, la salvación será la que llegue efectivamente a Dios, que equivale a decir la que Dios haya dispuesto para nosotros. Y para nosotros sólo Jesús une en sí efectivamente a Dios y a los seres humanos. Él es el pontífice: uniendo en sí a todos los seres humanos los conduce hasta el seno mismo de Dios. Ésa es la salvación que Dios quiere para nosotros y esa salvación sólo la alcanzó Jesús. Entender de otro modo la salvación o el papel de Jesús en ella es acortar la mano de Dios o empedregar la misión que él dio a su Hijo. Yo no me creo autorizado a entender de otro modo la salvación de Dios ni a reducir de este modo a Jesucristo. Por eso, como tampoco soy sectario, como creo firmemente que la salvación que nos alcanzó es universal, me pregunto cómo llega esa salvación a cada uno, si no puede llegar sólo a través de la comunicación verbal, realmente creíble, de su historia y del misterio que late en ella.

La salvación ligada al bien obrar y no a la recepción del mensaje

Un principio de respuesta puede partir de dos textos muy significativos, pertenecientes a tradiciones diversas y relativos ambos a la salvación. El primero, de la fuente común a Mateo y Lucas, subraya que para salvarse no basta con confesar a Jesús, ser de su grupo y participar de su ministerio. Se puede conocer de ese modo a Jesús y sin embargo en el momento decisivo Jesús puede desconocer a esas personas, y por tanto se quedarán fuera del banquete del Reino, no entrarán a la morada de la vida y la felicidad. Según Lucas alegarán: "si hemos bebido y comido

contigo" (13,26). Según Mateo: "Si hemos profetizado y echado demonios y hecho muchos milagros en tu nombre" (7,22). Como se ve, se presenta el caso de gente del círculo de Jesús, de activistas de su causa. La conclusión es que no basta con seguir a Jesús de ese modo. En ambos evangelistas Jesús los desconoce porque practican la maldad (Mt. 7,23; Lc. 13,27). El segundo texto, de la fuente particular de Mateo, es el del Juicio Final. Se salvan, van al Reino, quienes atienden a Jesús en los necesitados y son condenados quienes no lo atienden en los pobres. Ambas clases de personas se asombran, tanto de estar atendiendo a Jesús como de no haberlo atendido. Para unos y otros se trataba simplemente de hacer misericordia o de no ayudar al necesitado.

De ambos casos se deduce que lo decisivo no es conocer a Jesús sino ser reconocido por él, y esto acontece al obrar bien, que en ambos casos parece identificarse con el tener misericordia, es decir con el ayudar al necesitado. En el segundo caso se dice expresamente, en el primero se sobreentiende al ser la conclusión del Sermón del Monte.

Un tercer pasaje, de la tradición propia de Lucas, confirma esta conclusión ya que en él se asienta como tesis que entra en la vida el que tuvo misericordia con el necesitado (Lc.. 10,37).

En estos textos queda claro que, según la tradición que la Iglesia posapostólica remonta a Jesús, entran al Reino (a la vida) personas que presuntamente no habían escuchado el mensaje del Reino de boca de Jesús o de los suyos y no entran en cambio personas que parecían seguirlo. Y sobre todo que la razón de entrar o no, no es el seguimiento consciente sino un modo determinado de obrar. Y además en los tres pasajes no se trata de acontecimientos particulares y fortuitos sino de comparaciones programáticas en las que pretenden establecerse los paradigmas de la salvación y a la vez excluirse otros que para el auditorio eran prestigiosos.

Si en los tres se salva el que obra bien, representado por el que ayuda misericordiosamente al necesitado, ¿qué queda de la misericordia de Dios revelada en la vida de Jesús? ¿No hemos dejado de lado su gracia incondicional, fundamento de la universalidad? ¿No hemos repuesto el esquema de la retribución, cuyo representante eximio para Jesús fue el propio Juan Bautista? ¿Puede justificarse en los evangelios la tesis de Pablo de que no nos salvamos por el cumplimiento de la Ley sino por

confiar en el amor misericordioso que Dios ha desplegado a favor de nosotros a través de su Hijo Jesús? ¿No tendría razón Santiago al insistir en que no basta al fe, que son necesarias las obras? ¿No quedará también con esto el cristianismo emparejado a las demás religiones e incluso a los humanismos, que proponen más o menos lo mismo?

Dios nos da su amor para que amemos

Son demasiadas preguntas y demasiado gruesas. Vamos a tratar de proponer el horizonte en que pensamos que pueden encontrar respuesta. El principio estructurador de este horizonte es el amor incondicional de Dios manifestado en Jesús. Ahí está el principio de la salvación. No es el sacrificio el que salva. Salva el amor. El amor que es Dios. La creación es el despliegue del amor de Dios: "Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que has hecho" (Sab. 11,24). Pero si en la creación se dona Dios y la existencia es participación de él, la donación personal de Dios tiene lugar al darnos a Jesús, no sólo como uno de nosotros sino como fiel a nosotros hasta la muerte en cruz. En este misterio del pecado, de la fidelidad y de la solidaridad se ha manifestado hasta el colmo este amor, se ha revelado, pues, Dios.

En la cruz se revela que Jesús es Hijo y Hermano. En ella se revela que Dios tiene poder (es el dinamismo del amor) para sufrir con su Hijo y para participar de la pasión de sus hijos. En la resurrección (al reivindicar al que había muerto confiado en el poder del Amor que no sentía y entregándose a quienes necesitaban su amor, aunque lo habían abandonado o negado o entregado o asesinado) Dios se revela como el que da vida a los muertos. ¡Hasta ahí llega la energía (re)creadora de su amor! Ahí se revela la potencia de ese amor que en la cruz se había manifestado como absolutamente creíble.

Así pues, lo que salva es el amor perdonador y recreador de Dios manifestado definitivamente en la pascua de Jesús. Dios nos amó primero (1Jn. 4,19; cfr., Rm. 5,6-10). Sin esa iniciativa gratuita de Dios, sin esa condescendencia suya no cabe la salvación. Pero si el amor salva, él no puede salvar desde fuera. Dios por su parte puede perdonar y reconciliarnos consigo. Pero tenemos que consentir en su perdón, tenemos que admitir su amor. Dios no nos puede salvar a la fuerza, en contra de nosotros.

Pero si el pecado consiste precisamente en negarse a relacionarnos o en relacionarnos faltando al respeto que debemos al otro y a nosotros mismos ¿no hemos quedado heridos, incapaces de responder al amor de Dios con un amor humilde y verdadero, digno de él? ¿No se salvarán entonces sólo algunos nobles ejemplares de la raza humana, personas excepcionales que recibieron un alma buena o alguno que aprendió a fuerza de golpes y logró purificarse con el dolor que fue la pena de sus pecados?

No es así. El amor de Dios no sólo se mostró al perdonarnos incondicionalmente y al acogernos en Jesús como a verdaderos hijos suyos sino que su esplendidez llegó al colmo al derramar sobre nosotros el amor con que desde dentro respondamos a su amor (Rm. 5,5). El don de Jesús resucitado es el Espíritu. Así lo dice simbólicamente Juan: “Inclinando la cabeza, entregó el espíritu” (19,30). Jesús muere consumando su entrega; y el acto de morir, la pasión absoluta, es también el momento (ya fuera del tiempo) en que esa entrega se objetiva, se reboza, se derrama. Al derramar hasta la última gota de su sangre se patentiza su entrega absoluta. Al fin lo que nos entrega es su entrega, para que también nosotros podamos hacer lo mismo que él. Eso es lo que simboliza la sangre y el agua que brotan de su corazón (Jn. 19,34). De su entraña mana el agua viva que desde nuestra entraña salta dando vida eterna (cfr., Jn. 7,37-39;4,14).

Así pues, la gracia de Dios no sólo justifica al pecador sino que lo habilita para amar como es amado. La gracia nos agracia para corresponder a su amor con su mismo amor. Un amor que, al brotar de más adentro que lo íntimo nuestro, es capaz de poner a vibrar nuestras fibras más profundas. Así podemos amar desde lo que somos nosotros, desde nuestra autenticidad.

El que obra bien lo hace animado por el Espíritu

Pero lo que venimos diciendo supone que Jesús entregó el Espíritu a cada uno de los seres humanos. ¿Es esto así? La comunidad del discípulo amado asienta que iban a recibir su Espíritu los que creyeran en él (Jn. 7,37). ¿Habría que entender esto de un modo exclusivo o inclusivo?

Para mí la respuesta es que es inclusivo y que de no entenderlo así se desvirtúa y degrada todo el mensaje cristiano. Para los sinópticos,

sobre todo Lucas, es claro que el Espíritu unge a Jesús para dar a los pobres la buena noticia de su liberación, para ayudar eficazmente a todos los necesitados, los disminuidos, los despreciados, los oprimidos. A eso alude el bautismo (Mc. 1,11; cfr., Is); el discurso programático en Nazaret (Lc.. 4,16-21); las credenciales de su misión dadas a los enviados del Bautista (Lc. 7,18-23); las citas de los cantos del Siervo que pone Mateo para explicar el sentido de las curaciones (8,16-17; 12,15-21); el alcance que da a las liberaciones de endemoniados (Lc. 11,20)... Por eso los Hechos pueden resumir la vida de Jesús diciendo que “pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo” (10,38). Y la razón de este proceder de Jesús es que “Dios estaba con él”, es decir que había sido “ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo” (id).

De aquí se deducen dos cosas complementarias. La primera es que el que cree en Jesús debe amar como él amó y para eso se le entrega el Espíritu de Jesús. La segunda es que si alguien ama como Jesús amó es señal de que es movido por su mismo Espíritu. Esta es la lógica que Jesús aplica para demostrar que el espíritu que lo guía y que él posee no es un mal espíritu sino el propio Dedo de Dios, su Fuerza, su Espíritu. No tiene perdón preguntar quién anima a alguien que obra el bien, que practica la misericordia. Esa pregunta procede o de alienación o de mala fe. Quien tiene un corazón sano sabe que sólo Dios anima al bien obrar. Hay que discernir, eso sí, con cuidado si todo lo que parece bueno lo es en realidad. Ahí sí que hay que aplicar toda la sabiduría y el don del discernimiento. Pero si se concluye que la obra es buena, detrás de ella siempre está el Espíritu de Dios. Lo contrario es pecar contra el Espíritu Santo (Mt. 12,31-33; Mc 3,28-30). Y eso no tiene remedio porque si al bien se lo ve como mal ¿cómo salir de esa ceguera culpable? (cfr., Jn. 9,24-25.39-41).

Así pues, los que prestan ayuda a los necesitados en la escena del Juicio Final y el samaritano que se hizo prójimo del que había caído en manos de los ladrones estaban animados por el Espíritu que, sin haber escuchado el mensaje de Jesús, los habilitó para amar como él amó.

Ese sería el sentido pleno de la escena de los griegos que quieren ver a Jesús. El fruto de Jesús caído en tierra, asesinado, pero también consumado en su entrega, será el Espíritu. Esa será la vida sin término, en

la que Jesús (el que por amor a nosotros despreció su existencia en este mundo) entrará en posesión para derramarla (Jn. 12,20-25).

La fecundidad de Jesús no serán sólo sus discípulos, que creerán en él y seguirán su camino (como Pedro que será llevado donde no quiere ir), sino también todos aquéllos que se dejen guiar por su Espíritu, difundiendo ese amor que él derramó en sus corazones. Porque, lo sepan o no, “hijos de Dios son todos y sólo aquéllos que se dejan llevar por el Espíritu de Dios” (Rm. 8,14). Insistamos en que por lo que a Dios toca todos somos hijos en el Hijo y por eso a todos envía su Espíritu. Pero quienes aceptan y ejercen esta condición de hijos son los que obran el bien, los que aman a los hermanos, los que ayudan a los necesitados y llegan hasta amar a los enemigos (Mt. 5,44-45).

Así pues, la universalidad de la mediación de Jesús se asienta en que nos reconcilió definitivamente con Dios y en que nos entregó al Espíritu para que podamos corresponder al amor de Dios amando a los hermanos, empezando por los necesitados, como Jesús nos amó. Esta mediación se ejerce efectivamente cuando, obedeciendo al impulso del Espíritu, amamos con obras y de verdad (1Jn. 3,18). Esto, como se ve, es independiente de si conocemos o no a Jesús y de si sabemos que obedecemos al Espíritu. De hecho cuando amamos hemos nacido de Dios y lo conocemos (1Jn. 4,7), es decir, vivimos de él y lo experimentamos íntimamente.

Lo que aporta para la salvación el ser de Jesús y estar en la Iglesia

Si en esto consiste la salvación ¿qué aporta el conocimiento de Jesús y de su misterio y la entrega en fe a su seguimiento? Aporta sobre todo dos elementos. El primero y principal, la relación viva con él. Cuando esta relación es en espíritu y verdad, es verdad que “quien tiene al Hijo tiene la vida”. Además como el Espíritu es el de Jesús, la vida de Jesús, desvelada en la fe, es criterio firme para el discernimiento espiritual. Pues no todo espíritu, ni siquiera todo espíritu que se aparece como de Jesús, es de verdad el Espíritu Santo. Por eso decíamos que es un inmenso don de Dios el revelarnos a su Hijo Jesús.

Y dentro de esta economía de salvación ¿qué le aporta a uno el estar dentro de la Iglesia? Antes de responder, queremos asentar la diferencia respecto de lo anterior. En efecto, en el evangelio se establece

nítidamente la diferencia entre ser del Mesías y ser de la comunidad del Mesías. “El que no está conmigo, está contra mí” (Lc. 11,23). Pero sin embargo: “El que no está contra ustedes, está con ustedes” (Lc. 9,50). El estar con Jesús es absoluto; sin embargo no lo es el estar entre los discípulos. No se salva quien no se deja llevar por el Espíritu del Señor; sí puede salvarse el que no se cuente entre los discípulos. Hay personas que pertenecen a Jesús, que lo tienen por su Maestro, por su Gurú, por su Camino; y que sin embargo no pertenecen a la Iglesia. Y, como vimos anteriormente (cfr., Mt. 7,22; Lc. 13,26), se puede ser miembro activo de la Iglesia sin ser de Jesús.

Pero aquél a quien Jesús ha llamado a su Iglesia y que permanece en ella en espíritu y verdad, además de recibir las dos ventajas señaladas para todos los discípulos de Jesús, recibe otras dos más. La primera, el apoyo de la comunidad y de los sacramentos. Nunca se valorará suficientemente la situación de gracia que es llevarse mutuamente en la fe, en el amor fraterno y en la vida cristiana. Por eso cuando se da (que sólo entonces se vive realmente en la Iglesia) es un inmenso favor de Dios. La segunda ventaja es la entrega al ministerio. La Iglesia existe para la evangelización y se vivifica al evangelizar. Si esta entrega no es meramente proselitista, peligro farisaico al que alude el texto de Mateo citado (7,22), qué cierto es que la fe se confirma y robustece cuando se comunica. Ser testigo no es mérito de uno sino cumplimiento del mandato recibido; pero es cierto que, al desempeñarlo, uno recibe la vida que da.

Ahora bien, si comprendemos el sentido y el papel que lleva consigo el pertenecer a la Iglesia, ya no confundiremos el estar en ella con la posesión de la salvación y menos aún con tenerla como privilegio y en exclusiva. De ese modo podremos transitar de la cristiandad a la catolicidad. Llamamos cristiandad a un ámbito cultural en el que la pertenencia cristiana se vive ambientalmente, como nativamente, como si fuera un derecho adquirido que uno ratifica y hace valer puntualmente, y no como una decisión personal que tendencialmente configura todas las dimensiones de la vida. El implícito en esta situación de cristiandad es que uno se salva por pertenecer a ella. Basta, pues, con no romper los lazos y con ratificar la pertenencia asistiendo a ceremonias que confirman la identidad cristiana, entendida como una dimensión

sagrada del ser paisano, es decir, del definirse por esa cultura. La catolicidad tiene dos elementos básicos. Ante todo esa entrega personal de todas las dimensiones del ser; y desde ahí esa apertura misional hacia todos: esa actuación del Espíritu, ese amor misericordioso, que capacita para descubrirlo donde quiera que actúa, igual dentro que fuera de la comunidad eclesial. Desde este reconocimiento positivo viene el anuncio de Jesús como el Señor del Espíritu. Y también la denuncia de todo lo que en el ambiente es contrario al Espíritu, y la lucha sin cuartel por superarlo.

Importancia de lo que antecede para nuestra situación

En la situación actual de Venezuela es grave tentación vivir el cristianismo como cristiandad, vivirlo sin tensión escatológica ni exigencia espiritual, vivirlo establecidamente, sin autenticidad. En estas circunstancias, comprender cómo el misterio de salvación (que tiene su eje en Jesús) se realiza por el ejercicio del Espíritu (que tiene como manifestación epónima la misericordia efectiva con los necesitados) nos puede ayudar a salir del sueño dogmático y a entrar en la realidad que conduce a la vida.

Además en Venezuela hay hoy muchísima gente que, llamándose cristianos o no, viven en su existencia personal más allá de la influencia de la Iglesia. No puede confundirse el que la gente considere a la institución eclesial como la más confiable de las instituciones establecidas, con el que esa misma gente se deje llevar efectivamente de sus pautas, participe en ella y se sienta Iglesia. Si la confiabilidad supera el 50%, la participación (no por cierto estructural) no llega a 20% y el sentirse Iglesia no será ni de 10%. Desde lo que llevamos dicho la misión consistirá en descubrir el paso del Espíritu por la vida de la gente. Éste es ante todo el evangelio. Ayudarnos unos a otros a ser fieles al Espíritu es colaborar al establecimiento del reinado de Dios en nosotros. Si ponemos ese fundamento, la proclamación de Jesús cae en tierra abonada porque el Espíritu reconoce a Jesús. Así pues el paso segundo sería tener a Jesús como Señor y guía. El tercero consistiría en la propuesta de pertenecer a la comunidad de Jesús. Si lo dicho hasta ahora es correcto, no puede reducirse todo a esto último. Ni se puede presuponer que ésa sea la voluntad de Dios para cada uno. Así como

sí hay que afirmar que Dios sí quiere que cada ser humano se deje guiar por su Espíritu, que es el Espíritu derramado en la Pascua, el Espíritu de Dios que es también el de Jesús y que se nos entrega gracias a él, el que nos hace hijos de Dios y hermanos de todos los seres humanos. En esto consiste, pues, el universalismo cristiano.

2. Salvación como unificación en la *Gaudium et Spes*. Papel del espíritu

Queremos expresar que lo que antecede ha sido estimulado por la doctrina de la *Gaudium et Spes* al respecto. En ella reconocemos lo que el Espíritu dice a las iglesias. De modo preliminar anotamos que en la Introducción y en la primera parte hemos encontrado diez pasajes que se refieren a la acción del Espíritu en la humanidad (a la que por supuesto pertenece también la Iglesia), y otros tantos específicamente sobre el Espíritu en la Iglesia. Como se sabe, el tema de la Constitución es la Iglesia en el mundo actual y la parte primera trata sobre la Iglesia y la vocación del ser humano. El que haya un número equivalente de pasajes respecto del Espíritu en el mundo y el Espíritu en la Iglesia sería un indicio altamente significativo de que el tema del Espíritu en la humanidad no es un inciso, una acotación marginal o un corolario sino una verdadera perspectiva. También apunta en la dirección de la condición sacramental de la Iglesia. Este señalamiento tan reiterado parecería indicar que se quiere expresar que en el mundo hay un misterio de salvación y que la Iglesia, como pueblo de Dios, es embrión, signo e instrumento, es decir sacramento de esta realidad salvífica que la desborda. Sería así un esclarecimiento, desde otro punto de vista más complejo, de la relación entre el primer y el segundo capítulo de la Constitución sobre la Iglesia, subrayando la primacía absoluta del primero.

La humanidad tiene una sola vocación, un centro y una meta

El enfoque que preside todos los textos sobre el Espíritu en la humanidad es la proclamación de que existe una única vocación para todos los seres humanos, más aún para la humanidad como un todo. Esta vocación es en definitiva divina. Es divina en un triple sentido: es Dios

el que nos llama, nos llama precisamente a él, y desde dentro nos posibilita el que lleguemos a él y nos alienta en esa dirección. Éste es, se nos dice constantemente, el designio de Dios. Pero, se subraya con gran énfasis, este plan no está superpuesto a las aspiraciones y anhelos humanos, no va en paralelo a la historia que llevan a cabo los seres humanos, de manera que la condene a la irrelevancia o que induzca una división íntima entre lo que los seres humanos van realizando de consuno para hacer más habitable la tierra, para organizar más armoniosamente la convivencia humana y para crecer ellos mismos en humanidad, y el plan que Dios tiene para ellos. El plan de Dios por el contrario pasa por todos esos esfuerzos superadores, se complace en ellos, los contempla como valiosos a su ojos y los estimula; aunque ciertamente los trasciende. Pero, insistimos, desde dentro.

El documento presenta, pues, un plan unitario, pero no monolítico ni menos aún impuesto. Es un plan que contempla diversos niveles, cada uno con su propia consistencia, pero penetrados todos por un mismo dinamismo y unificados por tanto al converger en la misma dirección. Pero como la libertad es no sólo el modo de producirse el plan sino una condición absoluta del mismo y la libertad humana es deficiente, sucede que en esa única historia de la humanidad no todos perciben claramente esta vocación ni caminan en esa dirección, ni tampoco es claro que la humanidad como todo se unifique en torno a esa vocación. A la par de esos esfuerzos positivos que anotábamos, el Concilio percibe también oscuridad y desgarramientos íntimos y divisiones hondas en la familia humana. En la única historia se da la gracia y el pecado. Por eso hay que discernir la historia, tanto la personal como la de la humanidad.

Pero el Concilio abraza una esperanza incommovible. Si se dirige a la humanidad es porque tiene una buena nueva que darle. Esa noticia alentadora es que la historia tiene un centro vivo y un polo de atracción actuante; posee, pues, una unidad real. Un hombre de nuestra tierra, Jesús de Nazaret, nos ha reconciliado para siempre con Dios, nos está reconciliando con él y nos posibilita que nos reconciliemos unos con otros. Eso estuvo haciendo toda su vida, y esta dirección vital se consume frente al abandono de los amigos y el rechazo de los enemigos que llega hasta el asesinato y frente al sentimiento del abandono de

Dios. En esa situación de extrema violencia Jesús se consagra para siempre como el hombre de Dios y como el hombre para nosotros. Sin embargo, aunque de manera tan sublime, Jesús muere. Pero no desaparece para siempre. Dios lo resucita y esto significa que acoge su vida y por tanto su intercesión a favor nuestro. Él es nuestro porvenir. Es la nueva humanidad hacia la que caminamos todos porque él nos ha asociado a sí indisolublemente. En su suerte se esclarece el destino de los seres humanos según los planes de Dios. Así pues Jesús de Nazaret es el centro del mundo y su meta. Su lazo de unión. El secreto de Jesús es su amor, el amor a su Padre Dios y el amor a nosotros, a quienes hizo sus hermanos.

El Espíritu derramado en la Pascua capacita a todos para responder a su vocación

Pues bien, en este plan divino el Espíritu es el que potencia nuestra libertad para que, participando de este secreto de Jesús, encaminemos nuestras vidas y nuestra historia en esta dirección humanizante que culmina en la vida fraterna de los hijos de Dios. “Cristo, muerto y resucitado por todos, da al ser humano luz y fuerzas por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su suprema vocación” (102).

Después de asentar que el cristiano “recibe las primicias del Espíritu (Rm. 8,23) que le capacitan para cumplir la ley nueva del amor”, añade:

Esto vale no sólo para los cristianos sino también para todos los seres humanos de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación última del ser humano es en verdad una sola, es decir divina. En consecuencia debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, del modo que Dios conoce, se asocien a este misterio pascual (225).

Así pues de la universalidad de la salvación de Jesús se deduce que el Espíritu fue derramado en la Pascua sobre todos para que todos podamos cumplir esa vocación, que es la misma de Jesús. Por eso se añade que Cristo, muerto y resucitado, “nos dio la vida para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba, Padre!” (226).

No puede estar más claro. Al misterio pascual no somos asociados por el bautismo. Al aplicar a todos los seres humanos este texto que es

la culminación del ser cristiano, se está diciendo que el bautismo es el sacramento de esta efusión universal del Espíritu en la Pascua. Los cristianos existen para proclamarlo y actuarlo.

El Espíritu que actúa en la historia permite a todos discernir los signos de su presencia

Es cierto que se nos podrían alegar numerosísimos textos de la tradición cristiana en los que este texto y otros parecidos parecían usarse de modo no inclusivo sino exclusivo. La razón es que no habían contemplado esa posibilidad porque no estaban dadas las condiciones, ya que la humanidad parecía coexistir con la cristiandad; y los que quedaban fuera (los judíos y los paganos recalcitrantes y posteriormente los musulmanes) parecían estarlo por propia decisión y culpa. El misterio cristiano es histórico y también es histórica su revelación.

Mucho me queda por decirles (dice Jesús a sus discípulos en la cena de despedida) pero no pueden con tanto ahora. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, los irá guiando a la verdad toda, porque no hablará en su nombre sino comunicará lo que le digan y les interpretará lo que vaya viniendo (Jn. 16,12-13).

La comunidad del discípulo amado, que medita profundamente en este aspecto, comprende que el misterio, encarnado en la historia, no puede comunicarse al margen de ella. Esa revelación no sería comprendida. Para ella el Espíritu es el exegeta de Jesús. Por eso este evangelio anota reiteradamente que gestos y palabras de Jesús que no habían comprendido, volvieron a su memoria ya desvelados después de la Pascua (2,22;12,16;13,7;20,9). Pero después de la Pascua, no de una vez por todas sino a medida que las situaciones lo permiten y lo requieren, bien sea porque en la espiral de la historia se corresponden de algún modo con las que vivió Jesús, bien porque su novedad requiere de una luz nueva, que es la que proporciona la memoria de Jesús guiada por el Espíritu.

La efusión universal del Espíritu en la Pascua es la base teológica de la teoría conciliar de los signos de los tiempos. El Espíritu en la Iglesia capta el actuar del Espíritu en la historia:

El pueblo de Dios, movido por la fe, con la que cree ser guiada por el Espíritu que llena el orbe de la tierra, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los que participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios (111).

Pero el Espíritu no actúa como una fuerza hipostasiada al margen y por encima de los seres humanos. Menos aún se sirve de ellos, utilizándolos como meros instrumentos que no saben lo que hacen o que hacen lo contrario de lo que pretenden hacer. El Espíritu sólo actúa en los seres humanos que acogen libremente su dinamismo. En rigor podemos decir que sólo actúan los seres humanos, aunque energizados por el Espíritu. Pero teniendo en cuenta que esa energía no es una realidad categorial, que pueda por tanto componerse con la propia energía humana. No es en este sentido un suplemento de alma. Es rigurosamente trascendente. Así pues, si el Espíritu actúa transpersonalmente (trascendente en la inmanencia: desde más adentro que lo íntimo de cada uno), eso significa que quien se deja guiar por él, de algún modo lo conoce, aunque no lo reconozca por su nombre propio, es decir en su condición de Espíritu de Dios y de Jesús. Pero lo conoce en el sentido propio en que utiliza la Biblia esta expresión. Lo conoce por dentro, en su actuar. Lo conoce al darle curso en sí mismo, al amoldarse para que se exprese a través de uno, lo conoce al coincidir con él en la acción. Por eso, si lo conoce de este modo tan íntimo y personal, también tiene que poder discernirlo, es decir distinguirlo de otros impulsos y energías. Es lo que afirma el Concilio: "Con el don del Espíritu Santo, el ser humano llega por la fe a contemplar y a saborear el misterio del designio divino" (154). Aquí la fe es esa relación personalizadora por la que el ser humano, confiando plenamente en ese impulso que lo trasciende desde dentro, le obedece dándole curso, obrando a partir de él hasta ser configurado por él. Esa relación tiene su propia luz: es la luz de la vida, de la que habla el evangelio de Juan (), contraponiéndola a las tinieblas, que es la ideología de un orden inhumano y contrario por tanto al plan de Dios, que es la constitución del mundo fraterno de los hijos de Dios en el que quepa vida abundante, verdadera, la vida eterna. Así pues no es privativo de la Iglesia discernir el designio de Dios en la historia. En el texto citado se liga implícitamente el Espíri-

tu a la sabiduría “que atrae con suavidad la mente del ser humano a la búsqueda y el amor de la verdad y del bien” (152).

El proceso de mundialización será humanizante por el amor que da el Espíritu

Es cierto que también existe la sagacidad insensata de los hijos de las tinieblas, energías de destrucción y dinamismos de exclusión y opresión. Es cierto por eso que las revoluciones técnicas y la tupida red de conexiones económicas, políticas y massmediáticas no producen por sí solas aumento de humanidad, libertad y fraternidad. Manejadas por esa ideología y esos dinamismos deshumanizadores, pueden potenciar, por el contrario, la alienación, el dominio y la exclusión. Sin embargo el Concilio cree firmemente que no hay simetría entre los dinamismos de vida y los de deshumanización. Aunque hoy nos impresione y aun nos abrume, mucho más que en la época del Concilio, la negación tan rotunda de la fraternidad de este sistema excluyente, arrogante, insensato y hasta suicida, tenemos que convenir con él que, en Cristo muerto y resucitado, Dios nos da la capacidad de revertir esta tendencia. A pesar de tantas evidencias en contra, tenemos capacidad de amar a los seres humanos y a toda la creación y transformar con esas energías la figura histórica actual en una dirección fundamentalmente ecuménica y biófila. “El ser humano, redimido por Cristo y hecho en el Espíritu Santo nueva creatura, puede y debe amar a las mismas cosas creadas por Dios” (374).

Desde esta perspectiva superadora reconoce especialmente el Concilio la actuación del Espíritu en esa interdependencia tan acentuada, cuando se la orienta al bien común. “El Espíritu de Dios, que con admirable providencia guía el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra, no es ajeno a esta evolución” (264). Para el Concilio la unificación mundial es la tendencia más acusada de esta época, tanto que ya a nivel empírico se puede constatar que existe una única historia. Pero, como hemos insistido, esta tendencia debe ser discernida de modo que, al distinguir lo que hay en ella de uniformización impuesta (la imposición es fundamentalmente económica y está justificada por la ideología, y puede coexistir así con la democracia política) y de genuina cultura de la democracia, puedan concentrarse las energías en encami-

nar la historia en esta última dirección. Pero quiere dejar bien claro “que la genuina unión social exterior procede de la unión de los espíritus y de los corazones, esto es, de la fe y de la caridad, que constituyen el fundamento indisoluble de su unidad en el Espíritu Santo” (423).

Como vemos, la fe y la caridad que unifican a la Iglesia son las únicas energías que pueden unificar genuinamente a la humanidad. Genuinamente significa sin violencias ni exclusiones ni alienaciones ni uniformizaciones empobrecedoras y esterilizantes. Genuinamente quiere decir desde la autenticidad de cada individuo y de cada cultura y en esa reciprocidad de dones que es el ejercicio más excelso de la vida humana. La fe es ante todo esa relación personalizadora con el Espíritu a la que nos hemos referido. Esta fe en el Espíritu es aceptar el amor de Dios y comunicarlo. Esta es la unión inextricable entre fe y caridad. Que es también unión entre lo más propio del ser humano, la fe, fuente de la personalización (y a la vez don de Dios), y la acción espiritual por excelencia que es el amor. Por esta unión (coincidencia, la hemos llamado) el amor de Dios es también nuestro don más personal. Éste es el fundamento de la unidad social en el Espíritu Santo, según el Concilio.

La Iglesia (y las religiones) existe como sacramento de este misterio de unificación que mueve a la humanidad

Nuevamente aquí vemos el carácter sacramental del aporte de la Iglesia. Ella no da a la humanidad lo que ésta no tiene sino que se consagra a que acontezca este misterio de salvación (entendida en este caso como unificación) que obra comúnmente tanto en la Iglesia como en la humanidad, aunque más exacto sería decir que obra en la humanidad en la que existe al Iglesia. Existe como sacramento. Ella señala y proclama este misterio ya que no sólo lo conoce sino que lo reconoce por su nombre: Espíritu de Dios, Espíritu de Jesús. Y lo proclama a la vez que lo realiza. Por eso añade el Concilio: “Las energías que la Iglesia puede comunicar a la actual sociedad humana radican en esa fe y en esa caridad enfocadas a la producción de la vida.” (id). En la Iglesia la fe es ante todo esa fe en el Espíritu de la que hemos hablado, pero desde ella es también fe en Dios y fe en Jesús. Y por tanto también, relación personalizadora con Dios y con Jesús. Esta última posibilidad sí que la aporta específicamente la Iglesia (aunque, como dijimos sí cabe

fe en Jesús al margen de ella). Es ella la que mantiene la tradición viva de Jesús de Nazaret (fuente con Dios del Espíritu) y vive para proclamarla desde la obediencia al Espíritu.

Respecto del reconocimiento del Espíritu como Espíritu de Dios es tarea de la Iglesia, que comparte de algún modo con las demás religiones. Aquí el aporte de los cristianos es que Dios es el Padre de Jesús y por ende Padre nuestro. Aunque haya que tener mucho cuidado en transmitir esta revelación como misterio que es, expresándolo y respetándolo, sin pretender que conocemos objetualmente lo que decimos (como cuando aplicamos esta denominación a nuestros padres) sino que decimos que somos introducidos en fe a la relación de Jesús con él. Pues bien, también en este caso, según el Concilio, que escribe para un mundo secularizado, el Espíritu se anticipa y desborda a todas las religiones, aunque actúe de un modo específico en ellas. En efecto, “el ser humano, atraído sin cesar por el Espíritu de Dios, nunca será indiferente del todo respecto del problema religioso” (411). Pero no sólo eso; el Espíritu derramado en la Pascua nos capacita, como vimos, para que clamemos: ¡Abba, Padre! (cfr., 226). Naturalmente que esta condición de hijos de Dios se esclarece en las religiones y en el cristianismo se revela que somos hijos en el Hijo. Pero nuevamente en este caso las religiones y sobre todo plenamente el cristianismo son cauces del Espíritu de Dios derramado sobre toda la humanidad, sacramentos que lo proclaman y se consagran a que acontezca.

El Espíritu abre la historia hacia su consumación transhistórica

Asentamos desde el comienzo que la perspectiva englobante de la *Gaudium et Spes* para comprender la acción del Espíritu en la humanidad es la unidad de vocación en cada ser humano y en la humanidad como un todo. Es una vocación divina. No en el sentido de desaparecer fundidos en el océano de la divinidad sino en el sentido del Reino que proclamó Jesús: el mundo fraterno de los hijos de Dios. Un mundo de relaciones, relaciones en el Espíritu, con Dios, con Jesús y con todos los seres humanos. Esa es la vida eterna, que comienza ya aquí (ya que aquí se anudan estas relaciones y si aquí no se anudan nunca tendrán lugar), pero que culmina tras la muerte, transfigurados, transfigurada la creación, en la casa de Dios. Esta vocación convierte nues-

tra existencia actual en un proceso hacia la realización cabal. Hacia esa consumación nos conduce el Espíritu: “Vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana” (452).

Como se ve, desde esta perspectiva unitaria queda superada, tanto la consideración meramente instrumental de esta existencia (acumular méritos para la vida verdadera, representar con toda el alma el papel que nos fue asignado en el Gran Teatro del Mundo, ya que sólo se tomará en cuenta la calidad de la interpretación) como el presentismo inmanentista. En el designio de Dios la historia humana es realmente sustantiva, pero su consumación tendrá lugar en Dios, porque la energía divina que la anima la lleva a trascender desde dentro. Naturalmente que hay mucho en la historia que es meramente útil, es decir que no vale en sí sino que sirve en cuanto que propicia lo que realmente consideramos valioso por sí mismo. Es mucho lo que sembramos; pero nuestra mira en tanto esfuerzo está en los frutos. Pues bien, estos frutos permanecerán: ellos pertenecen a la vida eterna.

Los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad, en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados (393).

Nuestros antepasados creían que al mirar la vida desde el destino eterno se adquiriría la perspectiva exacta a la luz de la cual caían las apariencias y se desvelaba la medida exacta de la realidad, lo que en verdad encerraba cada cosa, cada situación, cada acontecimiento, cada relación. Mucho más lo podemos decir nosotros, si somos capaces de asumir esta perspectiva conciliar que retiene mejor que la de antaño la unidad del conjunto, la mutua referencia de cada aspecto y su verdadera jerarquización. Resulta difícil hacer más adecuadamente justicia a lo mejor de la dinámica actual, a la vez que se la sitúa en una perspectiva integral que permite superar sus estrecheces, sus antinomias y sus perversiones en una alternativa superadora.

El Espíritu da dones diversos para el enriquecimiento de la única humanidad

Acabaremos con un largo texto que sintetiza lo dicho hasta ahora:

Constituido Señor por su resurrección, Cristo, al que ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del ser humano, no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y robusteciendo también con ese deseo aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida y someter la tierra a este fin. Mas los dones del Espíritu Santo son diversos: si a unos llama a dar, con el anhelo de la morada celeste, testimonio manifiesto y a mantenerlo vivo en la familia humana, a otros les llama para que se entreguen al servicio temporal de los seres humanos y así preparen la materia del reino de los cielos. Pero a todos los libera, para que, con la abnegación propia y el empleo de todas las energías terrenas en pro de la vida humana, se proyecten hacia las realidades futuras, cuando la propia humanidad se convertirá en oblación acepta a Dios (381).

El texto arranca en la Pascua. El Espíritu es el don del Resucitado a la humanidad, el modo de realizar su señorío. El Espíritu actúa en el corazón de cada ser humano. Esa energía divina induce una dinámica compleja: apunta a lo definitivo, pero a través de lo actual. El modo de proyectar a lo definitivo es muriendo al egoísmo y empleando todas las energías terrestres en pro de la vida humana, y no desviándolas para el disfrute insolidario, la acumulación privada y el poder que somete a los demás. En esta dirección biófila y ecuménica, que concierne a todos, caben sin embargo dones diversos. El paradigma del Espíritu no es la homogeneización impuesta del proyecto de Babel en el que una humanidad masificada y aun robotizada trabaja como hormigas para la gloria de los que dominan. El horizonte que instaura el Espíritu es, por el contrario una humanidad que se complace en la diversidad porque, unificada en un verdadero cuerpo social, considera los diversos dones como riqueza para el conjunto, como una verdadera complementación realizada en la reciprocidad de dones. Por eso el Concilio, con indudable penetración teológica, aplica a la humanidad el símil del cuerpo que Pablo refiere a la Iglesia. En ambos casos es el Espíritu el que obra la variedad y la mantiene mutuamente referida. Así se confirma una vez más que la Iglesia sacramentaliza lo que el Espíritu obra en toda la familia humana.

El pasaje recalca de una manera específica la complementariedad que debería existir entre un enfoque de la vida que cultiva esa referencia al polo divino que con su atracción dinamiza la historia y con su presencia trascendente da peso (eso es lo que significa santidad) personal a los sujetos humanos, y la perspectiva que se centra más bien en lograr que haya posibilidades de vida y aun vida concreta para toda la familia humana y que esa vida alcance cotas cada vez más altas de calidad humana. Ambas perspectivas suponen una auténtica salida de sí, una verdadera superación del egoísmo y encierran una auténtica trascendencia como manifestaciones que son del mismo Espíritu Santo. El enriquecimiento se da cuando cada tipo de sujetos reconoce el don del otro y lo incorpora de algún modo a sí mismo.

La sacramentalidad de la Iglesia

La sacramentalidad de la Iglesia debería consistir en cultivar ambas dimensiones y dialogarlas íntimamente. A esto viene la insistencia en que la estructura que constituye la Iglesia es el conllevarse sus miembros de modo que la interacción conforme un verdadero cuerpo social. Así esta Iglesia en el mundo, en la humanidad, constituiría a la vez la Iglesia de Dios y la Iglesia de los seres humanos. En el Espíritu, una Iglesia de hijos y de hermanos. Así es la Iglesia sacramento de lo que el Espíritu obra en toda la humanidad. De este modo queda exactamente situada la Iglesia, su misión, su medida, su valor. Un papel que, si tenemos los ojos limpios, queda muy bien esclarecido y resaltado. En verdad da alegría ser Iglesia de este modo. Y desde luego que la pertenencia a ella nos ha capacitado para decir lo que antecede.